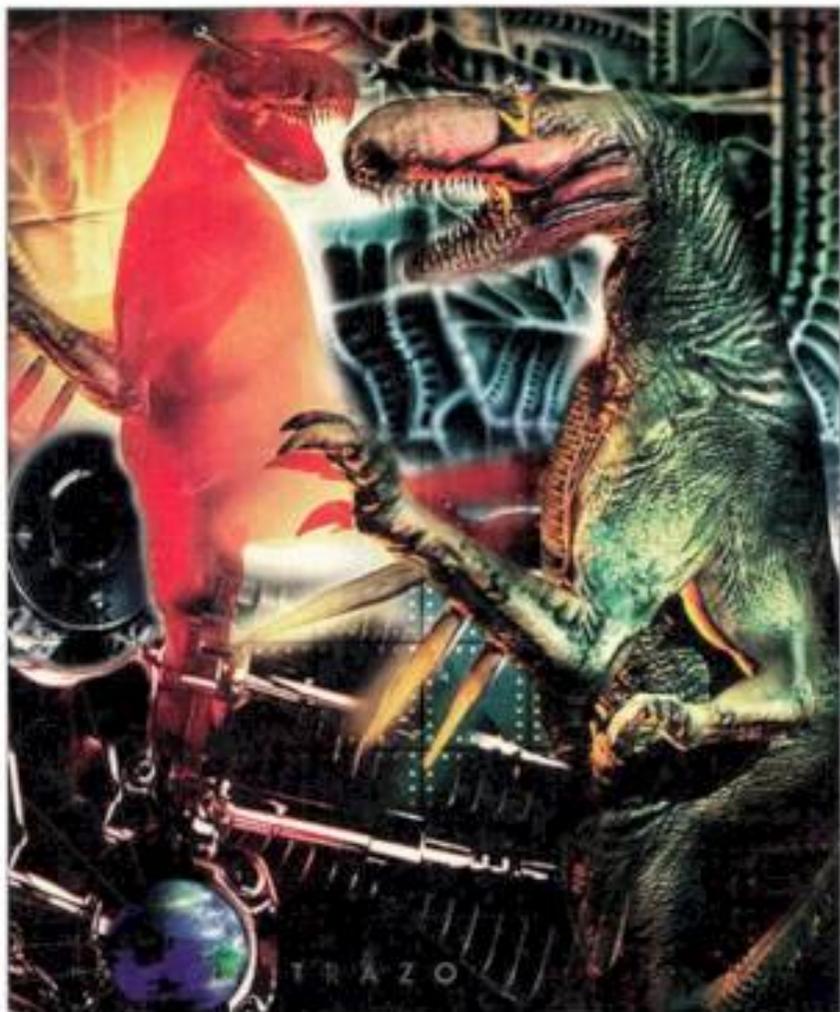


JAVIER NEGRETE



LA MIRADA DE LAS FURIAS

«Un gran narrador y un impresionante creador de mundos.
Sabe que cuando escribe tiene que entretener»

Pedro JORGE ROMERO


NOVA
CIENCIA FICCIÓN

Éremos es un geneto, un ser modificado genéticamente para potenciar sus capacidades físicas al máximo. A finales del siglo XXI, la ley Chang prohíbe la existencia de tales «aberraciones», que se habían acabado convirtiendo en asesinos profesionales al servicio de poderosas corporaciones empresariales. La HONYX, propietaria de Éremos, no lo destruye, lo hiberna por si necesita de sus servicios en el futuro.

Veinte años después, estalla una crisis inesperada. Los humanos habían colonizado la galaxia gracias a la colaboración interesada de los Tritones, una especie alienígena que domina el viaje a velocidades hiperlumínicas: los Tritones facilitan el transporte —y lo cobran—, pero se niegan a compartir su secreto. Hasta que una de sus naves cae por accidente en Radamantis, un planeta que el gobierno mundial había convertido en colonia penitenciaria. El ultimátum de los Tritones es terminante: si en trece días no les devuelven la nave y les entregan a cuantos la hayan visto destruirán a los humanos, a todos los humanos. La situación puede reportar sustanciosos beneficios a una corporación tan poco filantrópica como la HONYX, que despierta a Éremos y lo envía a Radamantis. Pero éste sufre a su llegada una extraña transformación: sus sentimientos, antes atenuados, parecen cobrar nueva vida: dudas, amor y remordimientos —que se le presentan en sus sueños encarnados en las Furias mitológicas— disminuyen sus facultades como todopoderosa máquina de matar...

Parábola sobre el ejercicio del poder y la responsabilidad personal, obra preñada de resonancias clásicas. La mirada de las Furias es, antes que nada, una magnífica narración de aventuras.

Presentación

Para muchos comienza ya a resultar evidente que Javier Negrete posiblemente sea el más brillante entre los nuevos escritores de la ciencia ficción española de los años noventa. Incluso un crítico tan duro y poco condescendiente como Julián Díez reconoce que la obra publicada de Javier Negrete es «*la gran aportación del Premio UPC a la pequeña historia de la ciencia ficción española*».

Y es que, hasta hoy, la obra publicada de Negrete consta de las cuatro novelas cortas que, a lo largo de cinco años, el autor ha presentado con diverso éxito al Premio UPC de ciencia ficción. Con LA MIRADA DE LAS FURIAS que hoy presentamos, Negrete publica una novela larga, aunque no es la primera de las que escribe con esa extensión. Hace ya unos años recibí el original de LA JAULA DE LA BUENA SUERTE, una larga novela de fantasía de gran interés, cuya publicación no fue posible debido sólo a su longitud. No obstante, ello no impidió que se despertara mi interés por un nuevo autor que, casi sin querer, hacía gala de sus amplios conocimientos de la cultura helénica.

Después, el nombre de Negrete se hizo casi habitual al abrir las plicas del Premio UPC de ciencia ficción. Obtuvo por dos veces el segundo premio: en 1991 con LA LUNA QUIETA y en 1995 con LUX AETERNA; fue finalista en 1992 con ESTADO CREPUSCULAR (que obtuvo después el Premio Ignotus, el Hugo español); y en 1993 presentó NOX PERPETUA. Cuatro novelas cortas escritas y publicadas en sólo cinco años es un récord que nadie más puede ostentar en España, donde

es muy posible que Negrete haya sido el autor con más títulos publicados en la ciencia ficción escrita en castellano de la primera mitad de la década.

Pero dejemos que el mismo Javier Negrete se explique:

Nací el 21 de noviembre de 1964 en Madrid. Estudié Filología Clásica en la Universidad Complutense y desde 1988 trabajo como profesor de griego. Los azares del Ministerio de Educación me enviaron en 1991 al Instituto Gabriel y Galán de Plasencia, en la provincia de Cáceres, y desde entonces divido mi tiempo entre esta ciudad y Madrid.

Empecé a escribir novelas cuando tenía diez años, y enseguida me decanté, como era lógico dada mi edad, por el género de aventuras con toques de fantasía y ciencia ficción.

A la vez que obtenía mi licenciatura, terminé la primera obra que consideré publicable, una novela de fantasía titulada LA JAULA DE LA BUENA SUERTE que, según dicen las malas lenguas, es un tanto larga. Tal vez ésa sea una de las razones que ha impedido su publicación hasta la fecha.

En 1991, el mismo año en que llegué a Plasencia, se convocó el primer Premio UPC, y desde entonces mi destino ha ido ligado a este certamen. Por aquel entonces estaba escribiendo la primera versión de LA MIRADA DE LAS FURIAS, y a toda prisa la condensé para que se acomodara al formato exigido. Por aquel entonces se titulaba EN EL VIENTRE DE LA BALLENA, y lo cierto es que los martillazos se notaban por doquier. Mientras mi hermano la revisaba, en un par de días que me quedaron libres, se me ocurrió retocar una novela que había escrito un par de años antes. Los retoques consistieron más bien en recortes drásticos, de modo que la obra quedó re-

ducida a la mitad. Al final, fue ésta, y no la novela de Éremos, la que corrió mejor suerte. LA LUNA QUIETA obtuvo la mención especial —yo suelo decir el segundo premio, que me gusta más—, y fue publicada al año siguiente en la colección NOVA.

En 1992 presenté ESTADO CREPUSCULAR al Premio UPC, y de nuevo logré llegar a la final. Miquel Barceló, que ha sido una especie de mecenas para mí desde que leyó «La Jaula», la publicó en Quaderns UPCF. Posteriormente ESTADO CREPUSCULAR consiguió los premios Ignotus y Gigamesh al mejor relato del año.

En 1993 insistí con NOX PERPETUA. No llegó a la final, pero tiempo después, tras una revisión, fue publicada en «La Calle de la Costa».

En 1994 dejé descansar al jurado del Premio UPC. Pero en el 95 volví al ataque con LUX AETERNA y de nuevo se me concedió el segundo premio, de modo que esta novela también apareció en la colección NOVA.

En cierto modo ahora se cierra el círculo con la presentación, de nuevo en Ediciones B, de LA MIRADA DE LAS FURIAS, que en su primitiva versión fue la primera obra que presenté al Premio UPC.

No obstante, como espero que el porvenir de este certamen sea tan brillante como ya lo es su presente, quién sabe si...

De momento no hará falta esperar a la siguiente convocatoria del Premio UPC (que Javier sigue empeñado en ganar y los hados le siguen negando...) para leer una nueva novela de quien ya ha dejado de ser la mayor promesa de la ciencia ficción española de los noventa para convertirse en uno de sus más ricos y seguros exponentes.

He tratado personalmente a Javier Negrete en diversas reuniones de especialistas y aficionados a la ciencia ficción, y aún sigue sorprendiéndome su casi imposible versatilidad temática, su riqueza estilística y, sobre todo, su gran calidad humana.

Tengo para mí que, a menudo, los escritores suelen mostrar cierta tendencia a lo que yo llamaría una versión sui géneris del complejo de Narciso. Casi siempre se otorgan a sí mismos, en el aspecto literario al menos, una importancia que demasiadas veces sólo reconocen ellos o sus familiares más allegados. Entre las escasas excepciones figura Javier Negrete, uno de los pocos que, en la ciencia ficción española, podría reivindicar la excelencia literaria. Negrete parece valorar siempre su trabajo con cierto relativismo, como si no le otorgara la importancia que a todas luces tiene.

Javier Negrete es, en este sentido, una persona distinta y me atreveré a decir que excepcional. Este escritor tan despegado es capaz de considerar casi como «una obra menor» esa brillante especulación que compone *LA LUNA QUIETA*, uno de los textos mejor escritos y más sugerentes de la moderna ciencia ficción española. Tras pasar ágilmente y con gran éxito (premio Ignotus) por la versión humorística y desenfadada de la narrativa de género que ilustra *ESTADO CREPUSCULAR*, Negrete ha sido capaz de escribir una historia como *NOX PERPETUA*, que para un crítico superficial y poco certero podría parecer una simple obra de aventuras, pero que supone también una interesante especulación sobre la ciencia y las creencias humanas. Y, siempre sin darse importancia, Javier Negrete es también el autor de formación clásica capaz de escribir *LUX AETERNA*, un espectacular despliegue de brillantes figuras estilísticas con las que logra la traslación de un mito clásico como el de Orfeo y Euridice a los clichés más manidos de la ciencia ficción.

El conjunto supone una variedad de registros que, simplemente, maravillan al lector. Aunque aquí deba ceñirme a

LA MIRADA DE LAS FURIAS, no está de más recomendar a quienes todavía no las hayan leído todas y cada una de las novelas cortas que Negrete lleva ya publicadas. Por distintas razones, todas valen la pena. Se lo garantizo.

Uno de los más destacados especialistas de la ciencia ficción española, Pedro Jorge Romero, ha sintetizado hábilmente los aspectos más destacados de la particular magia de la escritura de Javier:

La obra de Negrete se caracteriza por el cuidado del estilo, el argumento inteligente y la economía narrativa. Dispone de un claro dominio de la narración y de la capacidad de provocar emociones con unas pocas palabras cuidadosamente elegidas.

Una vez más, Pedro ha dado en el blanco.

La génesis de LA MIRADA DE LAS FURIAS no parece haber sido muy distinta de las anteriores obras de Negrete. Al pedirle yo «una novela larga», Javier desarrolló hasta la longitud de una novela convencional la temática y el personaje central de su relato EN EL VIENTRE DE LA BALLENA, que fue una de las dos narraciones que presentó al Premio UPC de 1991. Gestada a lo largo de 1996, dispuse de la versión prácticamente definitiva de esta obra en las Navidades que, tal vez por ello, resultaron especialmente agradables.

Javier volvió a sorprenderme. LA MIRADA DE LAS FURIAS es una obra que sugiere el alto grado de profesionalidad como novelista a que puede llegar un excelente profesor de griego. Se trata, a primera vista, de ese extraño híbrido que sería una «novela de aventuras con personajes». El protagonista, Éremos, parece tener poco que envidiar al típico aventurero a lo James Bond, aunque en este caso el personaje disponga del curioso privilegio de la duda.

Éremos, cuyo nombre significa en griego algo así como «desierto solitario», es un clon todopoderoso al servicio de una gran corporación, y la novela narra sus múltiples aventuras y desventuras en el desempeño de su misión. Esta trama que parece tan simple, no lo es en absoluto en manos de Javier Negrete, el más dotado estilista de la moderna ciencia ficción española y uno de sus más firmes representantes.

La referencia del título a las míticas Furias incorpora, en una novela escrita por un profesor de griego, una implícita reflexión sobre la culpa. Por otra parte, el comentario sobre un texto de Tucídides en el primer capítulo del libro alude a la responsabilidad en el uso del poder. Dos aspectos que tal vez conviertan en atrevida frivolidad la anterior referencia a James Bond.

LA MIRADA DE LAS FURIAS demuestra que es posible proporcionar motivos de reflexión al tiempo que entretenimiento. No les voy a contar más. Pasen y vean. Sin embargo, no les quepa la menor duda de que, con o sin Premio UPC, Javier Negrete reaparecer pronto en esta colección. Al menos, yo así lo espero.

MIQUEL BARCELÓ

Agradecimientos

Aunque suene a adulación dar las gracias a un director de la colección en esa misma colección, sería injusto si no reconociera la deuda que tengo con Miquel Barceló, que me ha apoyado desde que hace unos años le envié «La Jaula» y por cuatro veces ha sido mi editor.

También debo un agradecimiento a Alvaro (añado su seudónimo, León Arsenal, que si no su atrabiliario temperamento le hace rugir), por las numerosas sugerencias que me ha hecho desde que retomé esta novela; a Yolanda, por ser la primera persona que leyó el borrador completo, por sus ánimos y por sus correcciones; y a mi hermano José, que también me ha ayudado con sus comentarios.

Y de paso, a todos aquellos que han estado dándome la paliza día tras día: «Escribe», «¿Has escrito mucho hoy?», «¿Cuántas páginas has escrito esta semana?», «¿Qué tal va la novela?», «Pero ¿todavía no has terminado?» Aunque en aquellos momentos llegaba a odiarlos, a la larga debo agradecerles su persistencia.

A mi madre

Furias o Erinias: Divinidades nacidas de las gotas de sangre con las que se impregnó la tierra cuando Crono mutiló los genitales de su padre Urano. Se representaban como genios alados, con serpientes entremezcladas en su cabellera y antorchas o látigos en las manos. Vivían en la Tiniebla de los Infiernos, el Erebo, y su misión era la venganza del crimen. Cumplían su tarea persiguiendo al culpable de asesinato hasta hacerlo enloquecer. Eran tres, como las Parcas, y sus nombres eran Tisífone (la vengadora), Megera (la que odia) y Alecto (el olvido de la nada).

Creemos ser rectas justicieras: contra el hombre que puede mostrar limpias sus manos no se dirige nuestra cólera, y puede vivir su vida sin sufrir daño.

Pero si alguien ha pecado como este hombre y esconde su mano asesina, nos erigimos en testigos de los muertos y aparecemos ante él como vengadoras de la sangre hasta la última gota.

Coro de las Erinias en Las Euménides, de Esquilo.
Versos 312-320.

Veinte Años Atrás

Cuando Clara Villar, una brillante joven de diecisiete años que acababa de emprender sus estudios superiores en Madrid, conoció a Éremos en septiembre del 2096, no podía sospechar que bajo el aspecto sereno de aquel profesor se escondía el asesino más valioso de la compañía Honyc. Y aunque los acontecimientos posteriores hicieron que revisara sus recuerdos en un minucioso tamizado, hubo de reconocer que en ningún momento había tenido el barrunto de que aquel hombre, después de alterar el rumbo de su vida con unas pocas palabras, tardaría veinte años en reaparecer en ella.

Éremos, la espléndida aberración genética del doctor Puig (el premio Nobel que había desaparecido un año antes en un extraño accidente, junto con la mayor parte de sus archivos), la mano de hierro de la Honyc envuelta en guante de seda, hubiera tenido que adquirir un arma con un cañón muy largo para grabar en él la hilera de muescas que representarían las muertes de las que era responsable. Minucioso en la memoria, sabía que ante sus propios ojos se habían extinguido como resultado directo de sus acciones treinta y tres vidas. Pero era igualmente responsable del atentado contra la planta de antimateria en Pomona, y del estallido de un buque introsistema en Vega, y de la pérdida de presión en tres sectores de la estación Berenice. Centenares de personas a las que no había visto morir, voces que deberían clamar venganza en su conciencia, ojos que tendrían que atormentar sus sueños. Pero Éremos no recordaba haber soñado nunca, y por más que había estu-

diado en los textos de sus admirados griegos el problema de la responsabilidad moral, ningún miasma había logrado manchar de culpa el santuario donde sus creadores olvidaron sembrar la semilla de la conciencia.

—¿Cuál será la fundamentación de la ética, de lo que entendemos por ética, si todos los indicios en la naturaleza de los hombres y en la experiencia de la historia parecen encaminarnos a una misma conclusión, y es que el derecho del fuerte siempre prevalece?

Subido en su tarima, al viejo estilo que había revivido en aquellas postrimerías de siglo, Éremos escrutaba con sus ojos grises los rostros de los alumnos que, sin saber aún lo que podían esperar de él, le atendían en el sagrado silencio de los rituales. Sabía que su mirada, aun sin pretenderlo, era intimidante, como si la muerte hubiera grabado en sus ojos la huella que faltaba en su conciencia.

Pero tanto sus ademanes, pausados y medidos con cadencioso compás, como su misma apariencia física buscaban tranquilizar, evitar que una sensación de amenaza pudiera alertar a sus víctimas. A Clara Villar, sentada en la sexta fila, no le llegaba el helor de su mirada. Sólo veía unos rasgos dibujados con un pincel cuidadoso pero afilado, repasados a buril: un rostro vagamente atractivo, en algún punto indefinido entre los 35 y los 45 años, cuestión que resultaba difícil de decidir para una adolescente. Vestido con un elegante traje marengo, aquel cuerpo parecía más menudo y frágil de lo que en realidad era.

En suma, un hombre interesante y misterioso para una jovencita que creía descubrir cómo se abrían para ella las puertas del mundo. Aquel profesor, al que acababa de conocer como doctor Molina, parecía embrujarla con palabras que no podía aceptar y con teorías que repugnaban a sus firmes convicciones de adolescente un tanto pagada de sí misma.

—No quiero convencerles de nada, ya que tampoco quiere hacerlo nuestro autor. Tucídides se limita a presentar

los hechos descarnados, para que sea el lector quien extraiga sus conclusiones.

La mirada de Clara volvió al texto que presentaba la pantalla de su pupitre. Aunque en el curso previo había obtenido una buena nota en griego, aquel tropel de letras todavía formaba un bloque impenetrable e intimidador. Sus ojos saltaron a la traducción, que corría por la visual siguiendo el ritmo cambiante y palíndromo de su lectura.

Tucídides, historiador del siglo V a. de C., narraba en un diálogo de sorprendente abstracción la pugna entre sus conciudadanos, los poderosos atenienses, dueños de un imperio marítimo, y los melios, habitantes de una isla pequeña pero orgullosa, decididos a defenderla con poco más que argumentos de justicia. Lo más llamativo para Clara era la brutal sinceridad con que los atenienses, a los que hasta entonces había considerado como paradigma de la democracia y la humanidad, exhibían sus puntos de vista. Nosotros tenemos la fuerza, luego nosotros tenemos la justicia. Si os oponéis a nosotros, os aniquilaremos. ¿Por qué vamos a hacerlo? Porque podemos hacerlo. Cuando se tiene el poder, es de estúpidos no utilizarlo, resumían.

—No hay otro fundamento para la moral que el poder. —Éremos había bajado de la tarima y paseaba ahora entre las mesas. Sus movimientos eran armoniosos, económicos; no sobraba en ellos ni un gesto ni un ademán—. La norma es aquella que justifica al fuerte. ¿Es eso de verdad lo que piensa Tucídides? ¿Es lo que piensan ustedes? Estudien con atención el texto propuesto y mañana intentaremos entre todos, al modo socrático, alumbrar una solución.

Sin prestar mayor atención a los alumnos, que habían quedado prendidos de sus últimas palabras a la espera tal vez de una despedida, Éremos se volvió a su mesa y plegó la pantalla portátil que, confiado en su memoria, no había llegado a utilizar. Mientras el resto de sus compañeros se levantaba para abandonar el aula, Clara Villar se acercó a la tarima. El impulso había nacido en sus piernas; aún no sa-

bía qué pregunta le serviría de pretexto para dirigirse al hombre que conocía como Molina. Por suerte para ella, en el maletín sonó un pitido intermitente, y mientras el profesor se entretenía contestando al teléfono, Clara pudo pensar.

Pero en vez de pensar se quedó observando el cuidado quirúrgico con que aquellos dedos finos y precisos manejaban el aparato.

—No, tenía una clase... Bueno, dígales que en un minuto estoy ahí... De acuerdo...

Con la misma meticulosidad, Éremos guardó el teléfono y cerró el maletín. Sólo entonces se permitió un leve arqueado de la ceja izquierda para demostrar que había reparado en la presencia de Clara. Ya de cerca, la joven pudo sentir el frío de su mirada, y la piel de la espalda se le erizó. Otra persona tal vez se hubiera sentido observada por un reptil, pero a ella, más fantasiosa y romántica, se le antojó hallarse ante las ancianas pupilas de un dragón.

—¿Deseaba alguna aclaración, señorita Villar?

Sobre sus mejillas se encendieron dos puntos de luz, pero logró controlar el rubor. Ignorando que la memoria de Éremos estaba reforzada con hardware prohibido, se sintió muy halagada porque él hubiera aprendido su nombre el primer día de clase.

—Ver... bueno... yo... —Se maldijo por no saber hilvanar dos sintagmas, tragó saliva y prosiguió—. Me he matriculado en su asignatura para completar el primer curso de lingüística y... bueno, yo me preguntaba...

—Se preguntaba si voy a hacer hincapié tan sólo en el contenido de los textos, y no en la forma lingüística —completó el profesor. Incluso ahora que no se dirigía a un público numeroso hablaba con una modulación cuidada, consciente de cada tono y cadencia.

Clara jugueteó con los dedos. Fue ya incapaz de mirarle a los ojos, y no volvería a hacerlo hasta veinte años después.